

¿POR QUÉ LEER *EL QUIJOTE* HOY?: Reflexiones sobre el verdadero protagonista de *El Quijote*¹

Rogelio Miñana*

EL QUIJOTE 400 años



"El Quijote 400 años" Lina María Parra H.
Ilustración ganadora del concurso Quijote 400 años.
Pontificia Universidad Javeriana.

PALABRAS CLAVE

Quijote, Quijano, protagonista, dualidad, lector

¹ Este trabajo es una versión abreviada y sustancialmente modificada de mi trabajo "El verdadero protagonista del *Quijote*," que se publicará a fines del 2005 o principios del 2006 en la revista norteamericana *Cervantes*.

RESUMEN

Este artículo se plantea por qué seguimos leyendo el *Don Quijote* de Miguel de Cervantes cuatrocientos años después de su publicación. Dado que la mayor fascinación sobre los lectores la ejerce posiblemente el propio personaje central de la novela, aquí se investiga quién es el verdadero protagonista de *El Quijote*. Se analiza, primero, cómo los títulos de la primera y segunda parte reflejan la dualidad del protagonista: el hidalgo Quijano/el caballero Quijote. Segundo, se documenta la actitud del narrador hacia ese hidalgo Quijano con quien empieza y termina la novela. No sólo no se recuerda su pueblo ni su nombre al principio, sino que sólo resucita ante el lector para morir en el último capítulo. Durante todo el libro, el narrador y otros

personajes destacan siempre al caballero andante, al loco don Quijote, ocultando insistentemente al hidalgo Quijano. Por último, se lanza una hipótesis de por qué esta ocultación: como un artista, Quijano debe permanecer oculto para que pase a primer plano su creación, Quijote. Tan creador (si no más) como caballero, Quijano tiene más éxito en su labor creadora que Quijote en su empeño caballeresco-militar. Héroe de las palabras más que de los hechos, Quijano/Quijote triunfa en la auto-transformación que le convierte de hidalgo gris, hastiado, en caballero andante, centro de todas las atenciones y todas las miradas, incluyendo las nuestras, las de sus lectores cuatrocientos años después.

KEYWORDS

Quixote, Quijano, protagonist, duality, reader

ABSTRACT

In this article, I ask the question, why do we still read Miguel de Cervantes' *Don Quixote* 400 years after it was first published? Since it is mostly Don Quixote himself who has fascinated audiences across centuries, I investigate here who the true protagonist of *Don Quixote* is. First, I point out how the titles of parts I and II reflect the duality of the novel's main character: the *hidalgo* Quijano/the knight errant Don Quixote. Secondly, I document the narrator's attitude towards Quijano, who dominates the beginning and end of the story. In the first pages, however, the narrator doesn't remember Quijano's hometown or even his name, and at the end the *hidalgo* reappears only to die right after.

Throughout the book, the narrator and all characters refer to the novel's protagonist as Don Quixote, the crazy knight errant, persistently hiding his true identity (Quijano). Lastly, I hypothesize why this happens: like an artist, Quijano must remain invisible so that his creation, Quixote, can be brought forward. A writer and a knight, Quijano succeeds in his creative endeavor more than Quixote in his knightly-military effort. Quijano/Quixote is a discursive hero whose main achievement is his own self-transformation from a bored and boring *hidalgo* into a knight, admired and looked at by all — including us, his readers 400 years later.

* **ROGELIO MIÑANA** enseña literatura y cultura de España y Latino América de la Edad Media hasta el siglo XVII en Macalester College (Saint Paul, Minnesota, Estados Unidos). Su libro, *La verosimilitud en el Siglo de Oro: Cervantes y la novela corta*, se publicó en Newark, Juan de la Cuesta, en el 2002, y está siendo reseñado en España y América. Además de numerosas publicaciones en revistas especializadas y de divulgación, tales como *Cervantes*, *Bulletin of the Comediantes* o *El Aleph*, el profesor Miñana ha dado conferencias en diversas universidades y centros culturales de Europa y América, incluyendo la Biblioteca Nacional de Colombia, en Bogotá. Actualmente, ultima un libro sobre el discurso de la monstruosidad en Miguel de Cervantes, quien, al igual que otros genios de su época como Lope de Vega, Calderón de la Barca o Gracián, utiliza el monstruo como imagen no sólo de la escritura, sino también del hombre moderno, un ser cuyo poder de transformación mediante la palabra le convierte en extraordinario y le facilita el "monstrarse" al mundo para alcanzar la fama.

¿Por qué leer el *Quijote* hoy? Después de cuatrocientos años, ¿por qué enseñar *El Quijote* en las aulas, por qué seguir hablando sobre la novela de Cervantes, para qué el esfuerzo intelectual y cultural de leer un texto cuya primera parte se publicó en 1605? Como profesor de literatura del Siglo de Oro, me hago esa pregunta cada vez que tengo ante mí un grupo de jóvenes universitarios de Estados Unidos y otras partes del mundo, y les pido: “Para la próxima clase, lean el prólogo y los primeros cinco capítulos de *El Quijote*.” Las motivaciones e intereses intelectuales de cada estudiante y lector son individuales e intrasferibles, ciertamente, pero como participantes en un curso o seminario sobre la novela debemos encontrar un sentido común a nuestra lectura: ¿por qué leer *El Quijote*? Las pocas veces que me he atrevido a preguntarles directamente a los alumnos, me han mirado pasmados, aburridos, o con la extrañeza de quien contempla un monstruo.

La cultura popular y el lenguaje coloquial dejan claro que la mayor fascinación que la novela ejerce sobre los que han leído el libro y, en particular, sobre los que no lo han leído, es el personaje central de la historia: don Quijote de la Mancha. Personaje más bien cómico y ridículo desde su publicación hasta mediados del siglo XVIII, el caballero andante se interpreta desde el romanticismo alemán hasta bien entrado el siglo XX (Close, Ziolkowsky) como un adalid del idealismo, un luchador incansable por la justicia, un bienaventurado de intenciones puras que se da de bruces

contra las maldades del mundo. Con esa predisposición hacia un personaje santificado a la manera de Unamuno encaré yo mi primera lectura de *El Quijote*, en mis años de bachillerato. Yo buscaba en don Quijote de la Mancha un modelo a seguir, un campeón de las causas justas —y perdidas, por cierto— y un ser perfecto que exponía las debilidades de la sociedad a golpes de puro idealismo.

La cultura popular y el lenguaje coloquial dejan claro que la mayor fascinación que la novela ejerce sobre los que han leído el libro y, en particular, sobre los que no lo han leído, es el personaje central de la historia: don Quijote de la Mancha.

Fue en posteriores lecturas, debo reconocer, cuando me principió la angustia. El tal don Quijote era en muchos pasajes de la novela un ser egoísta que buscaba su fama personal a costa de inocentes: niños como Andrés en la parte I, capítulo 4, ovejas en I, 18, o incluso asistentes a un funeral en I, 19, y disciplinantes pidiendo el fin de una terrible sequía en I, 52. Su locura, que algunos llaman temerariamente idealismo, es como mucho selectiva, intermitente: ataca molinos de viento (en I, 8) y se enfrenta a un león que le ignora (en II, 17) al tiempo que enuncia discursos de gran sofisticación, como el de la Edad de Oro (I, 11) y los consejos a Sancho sobre el buen gobierno (II, 42-43). Por si todo esto fuera poco, y tomando en cuenta el

primer capítulo de la primera parte, el gran don Quijote de la Mancha resulta ser apenas la invención, la autotransformación de un hidalgo gris, de vida intrascendente, cuyo pueblo y nombre el narrador no recuerda, y que sólo en el último capítulo del libro nos dice quién es: Alonso Quijano. Más de 120 capítulos, más de mil páginas en casi cualquier edición, para escuchar siquiera una vez el verdadero nombre de nuestro protagonista.

Ahora resulta que, al leer la historia de *Don Quijote de la Mancha*, no sólo leemos las aventuras del tal caballero andante, sino que el libro empieza y termina con otro protagonista, uno ordinario, uno de los nuestros; no un idealista, ni un aventurero, sino el mediocre hidalgo Alonso Quijano, obsesionado y consumido por la lectura. ¿A dónde se nos fue el “nuestro señor don Quijote” de Unamuno, el caballero andante que desfaze entuertos y defiende a viudas, el idealista cuyo objetivo es enderezar los torcimientos del mundo? ¿Por qué leer la historia de un lector, entonces? ¿Quién es el verdadero protagonista del *Quijote* de Cervantes, el hidalgo lector con quien todo empieza y termina, o el caballero andante cuya terquedad y sed de fama le suponen mil palizas (los mercaderes en I, 4, los yangüeses en I, 15, los disciplinantes, en I, 52, la derrota contra el caballero de la Blanca Luna en II, 64), burlas sin fin (especialmente los duques en la segunda parte), y cuyas acciones caballerescas incluyen atacar a inocentes (el vizcaíno de I, 8-9, el barbero con el baciuelmo en I, 21) y destrozar propiedades ajenas (molinos, rebanos de ovejas, cueros de vino)?

La naturaleza dual del personaje don Quijote de la Mancha, creado por el hidalgo Alonso Quijano al principio de la novela, se refleja en los propios títulos de las dos partes de la obra cervantina. Mientras que la primera parte, de 1605, se titula *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, la segunda sustituye el término «hidalgo» por el de «caballero»: *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*. Es como si Cervantes (o quien pusiera un título definitivo a la obra, si no fue el autor)² quisiera enfatizar la desaparición de Quijano mediante un procedimiento doble: eliminando la palabra «hidalgo,» y eliminando al mismo tiempo la contradicción «hidalgo don Quijote de la Mancha» (por «hidalgo Quijano» o, como en la segunda parte, «caballero don Quijote»). El hidalgo Alonso Quijano completa así, definitivamente, su transformación en caballero andante, borrando ahora por completo sus orígenes más prosaicos para dejar en primer término su flamante personalidad inventada.³

² Según Francisco Rico, el título original propuesto por Cervantes al Consejo Real para conseguir las necesarias licencias para la primera parte fue *El ingenioso hidalgo de la Mancha* (1). No se sabe si los títulos definitivos fueron producto de la intervención de los editores y tipógrafos, o del propio Cervantes (3).

³ R. M. Flores, sin embargo, opina que el verdadero apellido del hidalgo es Quijana (a partir de un personaje histórico, don Alonso Quijada de Esquivias), y que el Quijano comúnmente aceptado responde a un error de los cajistas (417). Por su parte, Tom Lathrop piensa que Cervantes no tenía intención de nombrar a su protagonista (204), y que sólo le llama «Alonso Quijano» en reacción al falso «Martín Quijada» de Avellaneda (208),

Siguiendo esa estela deslumbrante del caballero frente al gris hidalgo, la mayoría de críticos han preferido olvidar a Quijano separando a hidalgo y caballero en dos seres independientes, y considerando objeto de estudio sólo al segundo. Incluso entre los relativamente pocos estudios sobre Quijano, existe la clara tendencia a considerar a Quijote netamente superior a Quijano (Mancing 741), y eso a pesar de que (o precisamente porque) Quijote está loco y Quijano cuerdo (Close 152). No obstante, el narrador afirma explícitamente que quien enloquece es Quijano, a causa de la falta de sueño provocada por tantas horas de lectura y la consecuente sequedad de su cerebro (I, 1; 100)⁴: y si enloquece, ¿cómo puede ser él cuerdo y el otro loco? En una interpretación interesante en otros sentidos, José Manuel Martín Morán también separa radicalmente al hidalgo del caballero, pues considera a don Quijote como lector culto frente a Quijano, representante rústico de la cultura oral (363-66). ¿Acaso la cultura libresca de don Quijote no la aporta el personaje de Quijano? En la novela,

opinión compartida por John Weiger (119, 211). Sin embargo, ninguna de estos dos razonamientos me parece definitivo: el primero es imposible de probar irrefutablemente, y el segundo no explica por qué Cervantes no eligió cualquiera de los apellidos sugeridos en el primer capítulo de la primera parte, que son diferentes del Quixada de Avellaneda: Quijana, Quesada...

⁴ Siguiendo los tratados médicos de la época, y el de Huarte de San Juan en especial, algunos críticos han analizado al protagonista cervantino como ingenioso (Green) y melancólico (Soufas, especialmente 35-36).

¿quién dedica tiempo a la lectura hasta llegar a enloquecer: el hidalgo o el caballero? Indudablemente, el primero. De hecho, sin el lector Quijano, don Quijote no existiría.

¿Quién es el verdadero protagonista de *El Quijote* de Cervantes, el hidalgo lector con quien todo empieza y termina, o el caballero andante cuya terquedad y sed de fama le suponen mil palizas, burlas sin fin, y destrozar propiedades ajenas?

Ese afán por enfatizar las rupturas entre hidalgo y caballero impide a muchos reconocer lo que es, para mí al menos, una realidad incuestionable: que un personaje carecería de valor sin el otro. El hidalgo sin el caballero sería apenas un pequeño noble venido a menos, lector empedernido a falta de una vida apasionante que vivir. Pero en el caso contrario, ¿quién sería Quijote sin Quijano? El caballero andante es en diversas ocasiones un desastre en la aplicación de sus supuestos ideales de caballería: aunque a veces consigue ayudar a algunos personajes (Basilio, la hija de doña Rodríguez...), en otras ataca a inocentes (especialmente en la primera parte), pone en peligro la vida de muchos (incluyendo la suya y la de Sancho), libera a unos presos convictos, y es ridiculizado y burlado por la mayoría (Allen 90). Nada más lejos de un perfecto Amadís, si es que su misión era la de imitar al héroe de Montalvo. Por ello, el El caballero adquiere todo su

valor sólo si se considera que su personalidad (hasta cierto punto desastrosa como héroe) descansa sobre la piel de un viejo hidalgo que ha decidido dar un giro radical a su vida y lo ha conseguido, a pesar de tener todo y a todos en su contra. Como afirman Alfred Rodríguez y Tomás Ruiz Fábrega, el personaje cervantino “don Quijote” es producto de la suma de “Alonso Quijano” más ese caballero inventado que se autodenomina “don Quijote” (216).

Pocas lecturas del protagonista cervantino se basan en el personaje que, literalmente, se esconde detrás del genial caballero andante: el hidalgo Alonso Quijano. La más notable excepción a esta regla puede ser *El Quijote como juego* de Gonzalo Torrente Ballester, en donde se afirma que “el verdadero quijotismo ... consiste en crear, mediante la palabra, la realidad idónea al despliegue de la fingida personalidad” (194); es decir, el “verdadero quijotismo” es la actividad que realiza ante todo el hidalgo Quijano al convertirse en don Quijote por mediación de su palabra (Torrente Ballester 56). Esa idea de un Quijano artista que crea a don Quijote se encuentra ya en *La profesión de don Quijote* de Mark Van Doren, donde se define al hidalgo/caballero como “a la vez actor y autor” teatrales (30). En esa línea de interpretación, Esther Bartolomé Pons piensa que Quijano no está loco, sino que finge, crea y pone en la práctica a su personaje caballeresco, don Quijote.

Estuviera loco o cuerdo, fingiera o no, el verdadero protagonista de la máxima

novela cervantina debe ser un personaje capaz de aunar las oposiciones y radicales desavenencias entre Quijano y Quijote, entre hidalgo y caballero, muy a pesar de quienes han prescindido del primero por considerarlo inferior al segundo. Este menosprecio por la existencia de Quijano puede deberse en parte al hecho de que Cervantes mismo nos incita a desatender al hidalgo manchego gris de cuya vida (apellido, pueblo, sangre, pasado...) sabemos tan poco. La presencia del hidalgo se borra del texto prácticamente en el primer capítulo para reaparecer apenas en los momentos en que el caballero andante vuelve a su hogar derrotado. Es evidente que la locura o el ansia de vivir la literatura del lector Quijano le fuerzan a anular su personalidad en favor de la imaginada, pero mucho más atractiva vida de don Quijote. En ese intento, el narrador (o narradores, dada la complejidad del esquema narratológico de la obra) secunda constantemente la voluntad del hidalgo de ser visto como héroe. Tanto el narrador como don Quijote y otros personajes se esfuerzan por relegar a Quijano y , con su insulsa vida de hidalgo a un segundo plano, en beneficio de la espectacularidad del fingido caballero andante. Incluso después de que Quijano dé por muerto a Quijote, en su vuelta a la cordura del último capítulo, el narrador sigue refiriéndose a Quijano como “don Quijote,” como han notado agudamente Alfred Rodríguez y Tomás Ruiz Fábrega (215). Similar actitud adoptan los crueles amigos de Quijano el barbero y el cura, quienes, a pesar de sus intentos por devolverlo a su hogar, se divierten con la personalidad del caballero

andante y, a pesar de todo, le siguen el juego incluso hasta en su lecho de muerte (Mancing 740). El mismo Sancho Panza termina ajustándose a su vida de escudero de don Quijote y sólo recurre a la biografía real de Quijano en momentos en que, maliciosamente, hace burla de su señor, como en el capítulo 31 de la segunda parte, analizado con perspicacia por Darcy Donahue y Alfred Rodríguez (41, 43). Igualmente, Torrente Ballester acusa a los duques, en la segunda parte del libro, de leer erróneamente a don Quijote como “loco sin paliativos” (198), olvidando al Quijano que crea a su personaje y perdiéndose así en la misma maraña ficcional que supuestamente enloqueció al hidalgo lector. La obra inventada (Quijote), una vez más, se toma como real, con la consecuente anulación de Quijano. Como cualquier lector de la obra, el narrador y los personajes quedan deslumbrados por la personalidad despampanante del caballero andante, y pierden de vista el poder creador del hidalgo Quijano que maneja los hilos de su historia con maestría sin igual.

Ese afán por enfatizar las rupturas entre hidalgo y caballero impide a muchos reconocer lo que es, para mí al menos, una realidad incuestionable: que un personaje carecería de valor sin el otro.

Para el personaje dual Alonso Quijano/don Quijote, el sentido de mostrarse al mundo está presente en prácticamente todos sus actos caballerescos,

especialmente en los primeros capítulos del libro. Don Quijote siente un deseo de fama incontrolable que determina sus acciones y que arrolla literalmente a los personajes que participan, incluso a pesar de su voluntad, en el «mostrarse» del caballero andante. La figura del caballero andante la crea Quijano para aumentar su honra (I, 1; 101), siguiendo el deseo de alcanzar una «fama increíble por todo el universo» (I, 32; 267), hasta el punto que, en justificación de su tercera salida, afirma que «el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera» (II, 8; 84).⁵

Pocas lecturas del protagonista cervantino se basan en el personaje que, literalmente, se esconde detrás del genial caballero andante: el hidalgo Alonso Quijano.

El deseo de fama de don Quijote se origina sin duda alguna en Quijano mismo. El nacimiento del caballero Quijote responde a una acción minuciosa del hidalgo lector, quien elabora a su «alter ego» en un proceso creativo que se alarga varias semanas. Ese «yo» creador se esconde durante todo el libro detrás de su magnífica, admirable creación; Quijano queda oculto tras la estrambótica personalidad de don Quijote. En algunos momentos, sin embargo, el protagonista de la novela muestra sus verdaderos orígenes y presenta los rasgos que lo caracterizan

de manera más profunda y determinante. Edward C. Riley ha concluido que el destino de don Quijote es “ganar mayor fama como héroe literario [y] no como héroe de tipo tradicional, como triunfador glorioso” (35), convirtiéndose en un “héroe no heroico de nuestros días” (35-36). Según Riley, toda la segunda parte del libro consistiría precisamente en un enfrentamiento de la fama caballeresca de don Quijote a su fama literaria, que sale victoriosa respecto a la primera (31). Si como guerrero don Quijote no consigue un triunfo incuestionable al estilo de su modelo, Amadís, como héroe literario su impacto en los personajes (en nosotros mismos, como lectores) es espectacular.

Al mismo tiempo que Quijano/Quijote necesita ser visto, admirado por los demás, su personalidad se basa, si consideramos al hidalgo que crea al caballero y no sólo a éste último, en la dualidad. La poderosa personalidad de Quijano es capaz de multiplicarse, como se demuestra especialmente en el capítulo 5 de la primera parte del *Quijote*, cuando el caballero andante arremete contra unos mercaderes toledanos. En la carrera, Rocinante tropieza y da con su amo en el suelo, lo cual aprovecha un mozo de mulas de los mercaderes para propiciar una brutal paliza al caído don Quijote, incapaz de defenderse. El caballero es encontrado por su vecino Pedro Alonso en un estado de delirio causado por los golpes y el calor, estado que le transporta ahora al mundo de los romances. Don Quijote se cree Abindarráez y Valdovinos, y confunde a Pedro Alonso con el Marqués

de Mantua y con Rodrigo de Narváez (I, 5; 125-26). Cuando el labrador intenta sacar de su error al caballero caído, don Quijote reacciona con gran ira: «Yo sé quién soy, y sé que puedo ser no sólo los que he dicho [Valdovinos, Abindarráez], sino todo los Doce Pares de Francia, y aun todos los Nueve de la Fama» (I, 5; 126). La importancia de su afirmación es tal para don Quijote que repite casi las mismas palabras antes de la aventura de los batanes: «Yo soy ... quien ha de resucitar los [caballeros] de la Tabla Redonda, los Doce de Francia y Nueve de la Fama» (I, 20; 246). Cuando se descubre que la causa del fenomenal ruido es simplemente unos batanes golpeando el agua de un río, Sancho repite con sorna las palabras de don Quijote: «Yo soy...» (I, 20; 254), lo cual molesta tanto a don Quijote que le da dos golpes con su lanza. Según el narrador, la ira del caballero era tal que podría haber matado al escudero de darle en la cabeza y no en las espaldas (I, 20; 255).

El pasaje en el capítulo 5 ha despertado el interés de diferentes críticos. Américo Castro piensa que la frase «Yo sé quién soy» tiene raigambre bíblica y que representa para don Quijote el «sentido pleno del ser,» el «imitar la constancia del ser divino» (332 ss.; ver también Presberg 195-96). Según Helena Percas de Ponseti, don Quijote se iguala a los caballeros que menciona al defender que «cada uno es hijo de sus obras» (424, nota 15). Por su parte, Torrente Ballester acierta a ver en el exabrupto del personaje un recurso de emergencia para mantener su juego de identidades falsas al sentirse descubierto (62 ss.).

⁵ Otros ejemplos similares en I, 4; 120, I, 7; 139, I, 19; 242...

Esta última interpretación, en mi opinión, allana la lectura más literal e inmediata del pasaje: el caballero sabe quién es (el hidalgo Quijano), y reconoce airado su poder creador, su capacidad de metamorfosis, el arrebato poético que puede multiplicar su personalidad hasta el infinito. La interpretación del «Yo sé quién soy» depende, por lo tanto, de a quién consideramos «yo» en boca del personaje. Podría desde luego ser el caballero andante don Quijote de la Mancha, como piensan Castro y Percas de Ponseti, pero no habría que desechar la posibilidad de que el «yo» capaz de «resucitar» a los doce Pares de Francia fuera, siguiendo a Torrente Ballester, no el guerrero, sino el hidalgo lector/creador Alonso Quijano.⁶ Este lector que se ha convertido en lector activo, creador, se diferencia de otros autores en que no compone un libro, sino que saca a su personaje (don Quijote) al mundo “real”; lo vive, literalmente, en su propia persona.⁷ El vecino tranquilo que pasa las horas muertas enfrascado en su

lectura se convierte en un «yo» creativo, capaz de inventarse una personalidad para sí mismo, como reconoce bravuconamente ante Pedro Alonso: «sé que puedo ser»... quien a él le apetezca.

Como demuestra este pasaje, el hidalgo manchego siente no sólo el poder, sino también la necesidad de mostrar su capacidad de multiplicación con un rotundo «Yo sé quién soy.» Desde esta perspectiva, el ansia de fama no caracteriza tanto a don Quijote (el caballero andante) como al «yo» creador que puede transformarse en cualquier otro personaje ficcional que le apetezca (Abindarráez, Valdovinos, los Doce Pares de Francia...; el pastor Quijotiz al final del libro). Ese ser prodigioso, obsesionado con mostrarse al mundo y alcanzar el reconocimiento de todos, es tanto el personaje (don Quijote) como sobre todo su creador (Quijano), quien multiplica su personalidad como le place, independientemente de a quién afecte el histriónico fenomenal despliegue de su imaginación.

Pero volvamos al principio, al origen de la historia de don Quijote, para conocer mejor a ese poderoso «yo» capaz de transformarse en cualquier personaje que se le antoje. Los ilustradores de la obra cervantina han enfatizado mediante sus representaciones pictóricas la importancia trascendental del momento en que Quijano crea a (o se transforma en, como se prefiera) don Quijote. Prácticamente todos los grabados y dibujos sobre el «nacimiento» de don Quijote que he tenido la ocasión de ver presentan a un lector rodeado de imágenes fantásticas y

monstruos. El mundo hiperbólico de los caballeros andantes necesita una galería de seres monstruosos a los que combatir, seres deformes que representan los vicios más extremos. En el acto de vencer a esas criaturas extraordinarias, los héroes de la caballería se convierten ellos mismos en héroes no menos excesivos, imposibles. Todos estos personajes caballerescos, los malos y especialmente los buenos, terminan contribuyendo a la locura de Quijano, al transportarle a un mundo hiperbólico de seres prodigiosos indisoluble de la realidad manchega que rodea al hidalgo. Pero además de ocupar su mente, convierten a Quijano mismo en un héroe inusual, un creador de sí mismo que no siempre triunfa como caballero, pero que nunca pasa inadvertido como personaje.

Al mismo tiempo que necesita ser visto, admirado por los demás, su personalidad se basa, si consideramos al hidalgo que crea al caballero y no sólo a éste último, en la dualidad.

En ese sentido, el hidalgo manchego no es sólo un lector pasivo atacado por monstruos imaginarios. Su fuerza creadora, alentada por los mundos fantásticos de los libros, le pone las palabras de las historias caballerescas literalmente delante de los ojos, como reflejan los grabados de Doré o el famoso dibujo de Goya. La retórica, el lenguaje, alcanza la que es su más poderosa (y peligrosa) manifestación posible: hace creer que la ficción es

⁶De hecho, cuando se imagina famoso, bien recibido en una corte y en disposición de casarse con una princesa, don Quijote reconoce su linaje, los orígenes (a pesar de todo insatisfactorios) de Quijano: “Bien es verdad que yo soy hijodalgo...” (I, 21; 267).

⁷ John Weiger ha interpretado a Quijano/ Quijote como un “failed writer” porque nunca lleva a cabo la continuación del *Belianís* que promete (capítulo 1 de la primera parte) y porque su carta a Dulcinea que entrega a Sancho en los capítulos de Sierra Morena nunca llega a su destino. En la segunda parte de la obra, don Quijote se presenta sin embargo como un escritor más productivo: escribe una carta al Sancho gobernador, un romance en el capítulo 46 y un madrigalete en el 68 (Weiger 83-96).

Historia, que la mentira es verdad; pone las palabras en imágenes y logra que el mundo del libro se traslade al mundo de su lector. Por medio de esta *enargeia* o visualización de las palabras, la mente creadora de los autores de caballerías se transvasa a la mente del hidalgo. En lugar de tomar la pluma y escribir la historia de un héroe, el lector Quijano toma la espada y sale a los caminos de España como personaje ficcional, que en principio se llama don Quijote pero que podría ser los doce Pares de Francia, o Valdovinos, o cualquier otro personaje de su mundo de lecturas heroicas. Su mutación, su metamorfosis reflejada también en los títulos de las dos partes de la novela (El ingenioso hidalgo... y El ingenioso caballero...), le convierten a él mismo en un portento, un prodigio único y digno de recabar la atención de duques, licenciados, caballeros, labradores ricos y pobres, gentes de toda condición.

En un episodio de incomparable profundidad humana, el final de la parte I de *El Quijote* ilustra este carácter extraordinario del personaje cervantino. Varios personajes se disfrazan de seres fabulosos, atrapan a don Quijote y, con la excusa de que está encantado, le atan de manos y pies y le encierran en una jaula (I, 46; 542). Después de algunas peripecias, don Quijote llega a su pueblo enjaulado como un animal:

entraron en la mitad del día, que acertó a ser domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la cual atravesó el carro de don Quijote. Acudieron todos a ver lo que en el carro venía, y cuando conocieron a su compatriota [*sic*], quedaron maravillados. (I, 52; 589)

Como en un espectáculo de feria (una especie de *freak show*), el extraordinario personaje, que debería ser conocido en el pueblo como Quijano (su “compatriota”) y no don Quijote, se muestra a todos en su forma más denigrante. Rareza única, el híbrido Quijano/Quijote causa maravilla a quienes le ven. No en vano, también el canónigo y sus acompañantes quedaron admirados (“en la misma admiración cayeron todos,” I, 47; 550) cuando se encontraron con él recién enjaulado. Como la novela o la obra teatral de mayor éxito posible, el ser extraordinario Quijano/Quijote necesita la mirada asombrada y constante de otros.

La retórica, el lenguaje, alcanza la que es su más poderosa (y peligrosa) manifestación posible: hace creer que la ficción es Historia, que la mentira es verdad; pone las palabras en imágenes y logra que el mundo del libro se traslade al mundo de su lector.

Resumiendo lo dicho hasta ahora, puede decirse que Quijano ha creado al caballero andante don Quijote de la Mancha y el mundo de gigantes, monstruos y encantadores que le acompaña. Esos monstruos de la lectura que el hidalgo encontraba en sus libros son ahora creados por él mismo, convertido en el autor de un mundo imaginario que nos acompaña también a nosotros, los participantes externos en su historia: sus lectores. Como el labrador Alonso que reacciona con sorpresa y conmiseración, el lector de la obra cervantina contempla a un prodigio de personalidad múltiple que

imita a Dios (mal, si se quiere) en su febril actividad creadora, en su poderosa fuerza inventiva. El hidalgo Quijano suplanta al Creador divino cuando sigue literalmente el texto evangélico de San Juan 1, 1 (“En el principio fue el Verbo”) para, en un nuevo Génesis lingüístico, transformar su mundo cotidiano de ventas, molinos y prostitutas en uno de seres y acontecimientos extraordinarios: castillos, gigantes, damas de incomparable belleza.

Alonso Quijano/don Quijote es por lo tanto un ser prodigioso, monstruo nacido de un parto de la imaginación con la pretensión última de ser (ad)mirado. Don Quijote es el producto de una escritura más o menos exitosa de la ficción caballescica en el cuerpo del creador mismo, Quijano. Mientras el supuesto caballero andante se exhibe por España de la forma más grandilocuente posible, el narrador de la novela (el fingido “Cervantes”) se esfuerza por eliminar al hidalgo Quijano del primer plano de la historia y relegarlo a los tristes momentos de las derrotas. Ya desde el inicio de la primera parte, el narrador y los personajes se refieren a la biblioteca de Quijano como la de don Quijote (I, 5; 128 y I, 7; 140). Cuando en los capítulos de Sierra Morena envía una cédula para que se le dé a Sancho varios animales como compensación por su pérdida del rucio, Quijano pone una rúbrica para evitar firmar con su auténtico nombre legal (I, 25; 315). Dos personajes avistan a Sancho camino al Toboso para entregar la carta de don Quijote a Dulcinea y exclaman: “aquel es el caballo de

nuestro señor don Quijote” (I, 26; 321; y también I, 29; 364). Estos dos personajes son el cura y el barbero, quienes vienen en busca precisamente de Quijano con la pretensión de que el hidalgo deje de creerse caballero y regrese a su casa. ¿Cómo llaman “nuestro señor don Quijote” a quien pretenden vuelva a convertirse en Quijano? No menos significativo es que el ama y la sobrina del hidalgo, quizás las más enconadas enemigas del fingido caballero andante don Quijote, no pronuncien nunca el auténtico nombre de su amo y tío. La personalidad original del caballero andante desaparece incluso para su entorno familiar y social más íntimo, extremo que predomina en toda la segunda parte del libro hasta el final, cuando, donde como señala Torrente Ballester, su fama literaria es inmensa (31). Como ha notado agudamente Juan Eugenio Hartzenbusch en referencia al último capítulo de la primera parte, cuando don Quijote regresa derrotado a su aldea “los muchachos decían unos a otros: ‘Venid y veréis [a] la bestia... de don Quijote.’” No es verosímil que los muchachos del lugar diesen a nuestro hidalgo este nombre que él se había puesto, sino el que anteriormente tenía, que era el de Alonso Quijano” (*Diccionario de Aautoridades*, v. “verosímil”).

Pero, ¿qué se esconde detrás de esa insistente ocultación de Quijano? ¿Por qué parece interesarle a Cervantes mantener siempre en primer plano a don Quijote en detrimento del hidalgo que lo crea? Se podrían aducir varias respuestas a esta pregunta. Es obvio por una parte que el personaje más interesante, más atractivo para el

público es el del caballero andante que camina por los pueblos de España con la intención anacrónica, idealista, alucinada, de poner en práctica la orden de caballería aprendida en sus libros. El hidalgo manchego de vida rutinaria y una nobleza venida a menos, entrado en años, soltero, lector obsesivo, no presenta *a priori* gran interés como protagonista de una novela.

Puede decirse que Quijano ha creado al caballero andante don Quijote de la Mancha y el mundo de gigantes, monstruos y encantadores que le acompaña.

Por otra parte, Cervantes desarrolla su historia en un doble plano: don Quijote aspira a ser un caballero andante tanto como Quijano aspira a ser un creador. Si bien el libro abunda en reflexiones explícitas sobre la literatura (sobre retórica, poética, géneros literarios, público receptor...), el hecho de que don Quijote surge como la creación maestra de un lector crédulo, Quijano, se mantiene en un discreto segundo plano mediante su supresión del texto. Da la impresión de que el éxito de Quijano como creador depende en todo momento de la visibilidad de su prodigiosa monstruosa descendencia, don Quijote.

En esta confusión de personalidades, de guerreros y poetas, ¿quién es el verdadero protagonista de *El Quijote*? ¿El lector crédulo que se decide a crear un ente vivo, una especie de literatura puesta en práctica, o el caballero andante que unas veces razona como cuerdo y otras actúa como loco? ¿Cuál es

la reflexión última de Cervantes sobre el protagonista de su novela y su condición no sólo de guerrero (Quijote) sino también de lector/creador (Quijano)?

Volviendo al capítulo 5 de la primera parte que comenté arriba, el aspecto dual del personaje se demuestra una vez más en las dos posibles lecturas de este pasaje. Por un lado, el caballero don Quijote sufre una incuestionable y ridícula derrota militar cuando su caballo tropieza y él resulta apaleado por un mozo de mulas. Pero por otro lado, el “Yo sé quien soy” presenta al escritor creador invencible que reclama su poder de auto-transformación y que asombra al mundo con su creatividad ilimitada. Independientemente de cuál sea el resultado de las aventuras del caballero andante don Quijote, el «yo» de Quijano sale siempre victorioso en una batalla poética que multiplica no sólo su personalidad de un modo un tanto esquizofrénico, sino que multiplica también su poder, aun apaleado. El «yo» de Quijano se presenta ante su vecino (ante los lectores, en una de las primeras aventuras del libro) al menos desde dos perspectivas triunfantes: como un escritor extraordinario que improvisa su creación viviéndola en el mundo real, y como un ser capaz de reinventar su identidad tantas veces como quiera. Esas dos características esenciales del personaje condicionan su comportamiento durante toda la novela y dan coherencia a un ser doble, hidalgo y caballero andante, un ser de extremos opuestos, cuerdo y loco, héroe y villano, lector y creador, poeta y guerrero.

Si consideramos a Quijano como artista/creador, sus dos caras son reflejo incluso

de su propia condición social. Así lo apunta John R. Beverley en su definición del artista barroco: «The artist is himself ... an hidalgo or gentleman, yet at the same time aware of the ambiguous nature of his ... social position as a kind of artisan producing ... a specific knowledge artifact» (225). El hidalgo, perteneciente a la pequeña nobleza, no debe trabajar con sus manos; y sin embargo, el artista-hidalgo produce sus obras de arte de modo similar a como un artesano elabora sus productos. Se mire como se mire, la dualidad caracteriza al protagonista cervantino desde el inicio de la novela. Diversos personajes y críticos describen a don Quijote como cuerdo y loco a la vez, lúcido y demente, confortante tanto como peligroso, lo que ha llevado a Francisco López Estrada a llamarlo «bifronte» (199). Esa doble faceta del caballero recuerda el origen también dual del personaje: Quijano crea a don Quijote, es por lo tanto lector y creador, hidalgo y caballero, poeta y soldado.

Como si buscara finalmente enfatizar el origen dual del personaje, en los últimos capítulos de la novela Cervantes hace que don Quijote muera para dejar morir a su otro, primer rostro, Quijano. El hidalgo manchego, de vida lenta y aburrida, de imaginación monstruosa, reaparece ante los ojos del lector para clarificar sus orígenes. Tras las dudas iniciales sobre su verdadero apellido (Quijana, Quesada, Quijada...), ahora el aventurero moribundo nos confiesa en primera persona y sin ambigüedades su verdadero nombre: Alonso Quijano. Admirable y brutal, loco y cuerdo, lector

y creador, andante se presenta como un individuo común a quien la imaginación y las obras ficcionales han convertido en un héroe ambivalente. De hecho, la multiplicidad es un rasgo esencial a la personalidad de Quijano/ Quijote y al libro mismo. Junto al lector obsesionado con los libros de caballería, Cervantes nos presenta al creador que escribe en su propio cuerpo, en su comportamiento, al personaje nacido de su imaginación. Mientras que Quijano se esconde, don Quijote pregona por el contrario su ansia de fama, su intención de ser admirado por todo el mundo. Además de caballero, Quijano/ Quijote se presenta como un creador comprometido de una manera extraordinaria con su tarea creativa. La base común a todas las facetas distintas del personaje es, entre otras posibles, su poder creativo, su capacidad artística.

El esfuerzo sistemático de Cervantes por borrar a Alonso Quijano de su novela responde, pues, al hecho de que al esconder al hidalgo, el autor deja en primer plano al caballero andante, al loco cuya personalidad se ha trastocado. Sin embargo, la verdad es que don Quijote no es simplemente un loco, sino que, más allá de sus actos irracionales, Quijano/ Quijote se comporta como un prodigio, un ser heterogéneo nacido del poder de la imaginación que demuestra un ansia irrefrenable de admiración, de excepcionalidad. Su carácter multiforme, su nacimiento, su sed de fama son características propias del artista mismo, el dios de la creación y la metamorfosis. El éxito de don Quijote depende en ese sentido de la

desaparición de Quijano: el creador queda en un segundo plano mientras que el guerrero pasa al primero. A las numerosas derrotas militares de uno se le superpone la permanente victoria del otro, el artista, el que mantiene siempre la atención en vilo de cuantos entran en contacto con él.

El verdadero protagonista de *Don Quijote* tiene por lo tanto una identidad múltiple, proteica, cambiante. Por encima de todo es un artista, un creador que lleva a sus últimas consecuencias no el escaso poder militar de un fingido caballero andante, sino el inmenso poder de la imaginación de un lector obsesivo. Más que una aventura de caballerías, el libro cervantino presenta una aventura literaria, un experimento por el cual un lector decide convertirse en escritor y crear una obra caballeresca en su propia persona: El verdadero protagonista de *Don Quijote* es ese ser prodigioso, múltiple, a veces contradictorio, que persigue ante todo satisfacer su insaciable sed de «mostrarse.»

Regreso, pues, a mi pregunta original: ¿Por qué leer el *Quijote*? Nada más lejos de mi intención que racionalizar o limitar los motivos por los que una lectora o lector actual pueden acercarse al texto cervantino. Desde mi propia experiencia, en cualquier caso, he llegado a la conclusión de que mi fascinación por el verdadero protagonista de *El Quijote* no la provoca un caballero andante trasnochado y de ideales a veces muy poco idealistas, sino la combinación de ese soldado

desastroso y de un lector (como yo, al fin y al cabo) tan metido en sus libros que termina convirtiéndose, con un incuestionable éxito de público dentro y fuera de la novela, en el héroe de su propia ficción. El extraordinario Quijano/Quijote es un ser discursivo, carne y huesos de palabras, que me recuerda la permanente aventura de interpretación que me (¿nos?) supone el mundo. Leo *El Quijote* porque me ayuda a leer mi entorno, a desentrañar las ficciones de mi mente, y porque su protagonista híbrido, extraordinario, es un espejo de mí mismo: yo también me multiplico con palabras, mi identidad es también un mero ejercicio de interpretación.

Bibliografía

ALLEN, John Jay. *Don Quixote: Hero or Fool? A Study in Narrative Technique*. Gainesville: U of Florida P, 1969.

BARTOLOMÉ PONS, Esther. "El desafío desafío? Lúcido de don Alonso Quijano." *Ínsula* 38 (1983): 10.

BEVERLEY, John R. "On the Concept of Spanish Literary Baroque." *Culture and Control in Counter-Reformation Spain*. Ed. Anne J. Cruz and Mary Elizabeth Perry. Minneapolis: U of Minnesota P, 1992. 216-30.

CASTRO, Américo. *Cervantes y los casticismos españoles*. Madrid: Alfaguara, 1966.

CERVANTES, Miguel de. *Don Quijote*. Ed. John J. Allen. 14ª ed. Madrid: Cátedra, 1991. NEED Edición info

———. *Teatro completo*. Ed. Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas. Barcelona: Planeta, 1987.

CHEVALIER, Maxime. «Don Quichotte et son public.» *Lièvre et lecteur en Espagne et en*

France sous l'Ancien Régime (colloque de la Casa de Velázquez). Paris: Editions ADPF, 1981. 119-26.

CLOSE, Anthony. *The Romantic Approach to Don Quixote. A Critical History of the Romantic Tradition in Quixote Criticism*. Cambridge: Cambridge UP, 1977.

DONAHUE, Darcy y Alfred Rodríguez. "Sobre un dato de la biografía de Alonso Quijano, el Bueno." *Hispanic Journal* 9 (1987): 41-44.

FLORES, R. M. "¿Qué hay en los apellidos Quijada, Quesada y Quijana? Fuentes históricas, teoría narratológica y bibliografía analítica en la crítica literaria." *Bulletin Hispanique* 99 (1997): 409-22.

GREEN, Otis. "El 'ingenioso' hidalgo." *Hispanic Review* 25 (1957): 175-93.

LATHROP, Thomas. "Avellaneda y Cervantes: el nombre de don Quijote." *Journal of Hispanic Philology* 10 (1986): 203-09.

LÓPEZ Estrada, Francisco. "La función de la biblioteca en el *Quijote*." *De libros y bibliotecas. Homenaje a Rocío Caracuel*. Sevilla: U de Sevilla, 1994. 193-200.

MANCING, Howard. "Alonso Quijano y sus amigos." *Cervantes: Su obra y su mundo*. Ed. Manuel Criado del Val. Madrid: Edi-6, 1981. 737-41.

MARTÍN Morán, José Manuel. "Don Quijote en la encrucijada: oralidad y escritura." *Nueva Revista de Filología Hispánica* 45 (1997): 337-68.

PERCAS de Ponseti, Helena. *Cervantes y su concepto del arte. Estudio crítico de algunos aspectos y episodios del Quijote*. 2 vols. Madrid: Gredos, 1975.

PRESBERG, Charles D. *Adventures in Paradox. Don Quixote and the Western Tradition*. University Park: The Pennsylvania State UP, 2001.

RICO, Francisco. "El título del *Quijote*." <http://seneca.uab.es/gould.ceccee/quijote.htm>

RILEY, Edward C. "La singularidad de la fama de Don Quijote." *Cervantes* 22.1 (2002): 27-41.

RODRÍGUEZ, Alfred y Tomás Ruiz Fábrega. "Las últimas páginas: ¿Don Quijote o Alonso Quijano?" *Anales Cervantinos* 20 (1982): 215-17.

SOUFAS, Teresa S. *Melancholy and the Secular Mind in Spanish Golden Age Literature*. Columbia and London: U of Missouri P, 1990.

TORRENTE Ballester, Gonzalo. *El Quijote como juego*. Madrid: Guadarrama, 1975.

VAN DOREN, Mark. *La profesión de don Quijote*. Trad. Pilar de Madariaga. México: FCE, 1962.

WEIGER, John. *In the Margins of Cervantes*. Hanover: UP of New England, 1988.

ZIOLKOWSKY, Eric. *The Sanctification of Don Quixote: From Hidalgo to Priest*. University Park: Penn State UP, 1991.

Fecha de recepción: 3 de Mayo del 2005

Fecha de aceptación: 27 de Mayo de 2005

